

INTERPRETACIÓN WHIG¹ DE LA HISTORIA

HERBERT BUTTERFIELD*

RESUMEN:

Esta selección de capítulos ofrece al lector dos argumentos centrales en la crítica de Herbert Butterfield a la denominada "historia whig". El autor presenta la historia whig como una interpretación del pasado como una sucesión de eventos que necesariamente han conducido al presente. Dicha interpretación, argumenta Butterfield, tiene dos problemas: 1) Lleva al historiador a estudiar el pasado por el presente, lo cual conlleva una historia compendiada, que incluye solo aquellos acontecimientos que el historiador considera relevantes para explicar el presente; 2) Al emprender el estudio histórico tomando como referente sus propios valores, el historiador whig resuelve con demasiada facilidad quiénes son los buenos y los villanos de la historia, lo cual nos divorcia del pasado, pues evita que podamos realmente comprender por qué la gente del pasado actuó de la manera en que lo hizo.

PALABRAS CLAVE:

Historia whig, progreso, juicio moral.

TITLE:

The Whig Interpretation of History

ABSTRACT:

This selection of chapters offers the reader two central arguments in Herbert Butterfield's critique of what has been coined "whig history". He presents whig history as an interpretation of the past as a succession of events that have necessarily lead to the present. Such interpretation, he argues has two problems: 1) It leads the historian to study the past for the sake of the present, which in turn leads to an abridged history, including only those events the historian assesses significant to explain the present; 2) By engaging in historical study with reference to his own set of values, the whig historian is quick to decide which men and parties were right/good and wrong/evil, a consequence that divorces us from the past, for it prevents us from really understanding why people acted the way they did.

KEYWORDS:

Whig history, progress, moral judgment.

***Herbert BUTTERFIELD** (1900 – 1979) fue un historiador y filósofo de la historia británico. Profesor de historia moderna en la Universidad de Cambridge, Reino Unido.

El presente fragmento pertenece a BUTTERFIELD, Herbert, *The Whig Interpretation of History*, G. Bell and Sons, Londres, 1951 (1ª ed. 1931).

¹ N.d.T.: el término whig se ha mantenido en su versión inglesa por ser una forma particular de referirse a los liberales protestantes y progresistas británicos que, a partir del siglo XIX, serían calificados con la actual denominación de "Partido Liberal".

Introducción

Se ha dicho que el historiador es el vengador y que, como juez entre las partes, rivalidades y causas de generaciones pasadas, puede levantar al caído y abatir al orgulloso; y que a través de sus denuncias y veredictos, su sátira y su indignación moral, puede castigar la iniquidad, vengar al herido o premiar al inocente. Uno podría ser fácilmente perdonado por no mostrar entusiasmo ante la división de la humanidad entre el bien y el mal, lo progresista y lo reaccionario, lo blanco y lo negro; y no está claro que la indignación moral no sea una dispersión de las energías que redundan en la confusión del propio juicio.

No puede haber queja contra el historiador que, de manera personal y privada, tenga sus preferencias y antipatías y que, como ser humano, se incline a tomar parte en el juego que describe. Resulta placentero verle ceder a sus prejuicios y asumirlos emocionalmente, para que salpiquen a color mientras escribe; ello a condición de que, al entrar en materia, reconozca que está entrando en un mundo de juicios parciales y apreciaciones puramente personales, y no se imagine que está haciendo una declaración *ex cathedra*. Pero si el historiador puede elevarse como dios y juez, o erigirse como el vengador oficial de los crímenes del pasado, puede pedírsele que sea aún más divino, y que se conciba más como el reconciliador que como el vengador; que persiga el objetivo de comprender a los hombres, a las partes y a las causas del pasado, y que de esta comprensión –de lograrse cabalmente– resulte la reconciliación final de todas las cosas.

Parece asumirse que en la historia nos resulta posible hacer afirmaciones que trascienden los puntos de vista privados del historiador particular: que hay “veredictos de la historia” y que la historia en sí misma, considerada de manera impersonal, tiene algo que decir a los hombres. Parece aceptarse que cada historiador hace algo más que desvelar sus pensamientos privados y sus caprichos, que todos ellos tratan de obtener una verdad y que quizá, al combinar sus diferentes maneras imperfectas de expresar una verdad, si pudiésemos lograrlo perfectamente, se hallaría la voz de la Historia misma. Pero si la historia es tal, una suerte de memoria de la humanidad, y representa el espíritu del hombre ponderando su pasado, debemos imaginarla trabajando, no para acentuar antagonismos o ratificar causas de viejos partidos, sino en la búsqueda de los vínculos que subyacen a las diferencias, entendiendo que todas las vidas son parte del tejido de la vida.

Tal vez, el historiador que procede de esta forma intente asemejarse a un dios pero quizá sea menos insensato que el que se considera el dios vengador. Al estudiar las disputas de antaño, aquél al menos intenta entender a ambas partes de la lucha, y ha de intentar comprenderlas mejor de lo que ellas mismas lo hicieron; al observarlos enmarañados en la red del tiempo y la vicisitud, puede apiadarse de ellos –hombres que, tal vez, no sintieron piedad el uno por el otro. Y, si bien nunca podrá ser perfecto, resulta difícil entender por qué este habría de conformarse con cualquier cosa que no sea llevar a estos hombres y sus luchas a un mundo donde todo alcance sentido y los pecados sean perdonados.

Resulta sorprendente hasta qué punto el historiador ha sido protestante, progresista y *whig*, así como el modelo de caballero del siglo XIX. Mucho después de haberse convertido en un determinista, mantuvo su rol divino como emisor de juicios morales y, como los discípulos de Calvino, no renunció a su derecho a la indignación moral. E incluso cuando ha sido reacio a los movimientos de su propia generación –como en el caso de Hallam, quien implacablemente se opuso al Acta de Reformas de 1832 y temía por las prácticas revolucionarias hacia las que derivaba el país–, algo le inclina aún hacia lo que podría llamarse la interpretación *whig* de la historia, negando comprensión histórica a los hombres cuya actitud frente al cambio y la innovación fuese análoga a la suya.

Podría argumentarse que nuestra visión general de la narración histórica tiene aún la impronta de los grandes patriarcas de la disciplina, muchos de ellos aparentemente *whigs* y caballeros, cuando no americanos; tal vez sea de ellos de quienes nuestros historiadores clásicos han heredado la chistera, el estilo pontifical y la gracia con que otorgan el premio de consolación al hombre que “aunque reaccionario, fue intachable en su vida privada”. Pero si tomamos la contienda de Lutero contra los papas, o aquella entre Felipe II e Isabel, o entre los hugonotes con Catalina de Médici; así tomemos el caso de Carlos I frente a sus parlamentos o el del joven Pitt contra Charles James Fox, el historiador parece tender a adoptar, en primer lugar, el punto de vista *whig* o protestante, y muy pronto se ocupa de dividir el mundo entre amigos y enemigos del progreso.

Es cierto que esta tendencia ha sido corregida, hasta cierto punto, por el concentrado esfuerzo de los especialistas en historia. Pero es notable que en todos los ejemplos dados anteriormente, así como en muchos otros, el resultado de la investigación histórica ha sido corregir de manera muy material lo que había sido una aceptada interpretación protestante o *whig*. Además, esta tendencia está tan arraigada, que incluso cuando la investigación ha corregido la historia en detalle, somos lentos para reevaluar el todo y reorganizar las grandes líneas del tema a la luz de estos descubrimientos. Y lo que M. Romier ha deplorado de los historiadores de los hugonotes, podría imputarse a aquellos en otros campos de la historia; a saber, la tendencia a remendar la vieja narración con la nueva investigación, incluso cuando esta, en detalle, ha alterado la orientación de la materia en su totalidad.

Nos aferramos a cierta organización del conocimiento histórico que termina siendo una interpretación *whig* de la historia, y toda nuestra deferencia por la investigación nos lleva únicamente a admitir que esta necesita salvedades de detalle. Pero las excepciones al detalle no nos impiden trazar la historia general sobre el mismo patrón en cada ocasión. Dichas excepciones, en efecto, se pierden en el combinado proceso de organización y compendio a través del cual alcanzamos nuestro estudio de la historia general. Así que a través de largos periodos y referencias a grandes transiciones en la historia europea, el punto de vista *whig* se valida con mayor fuerza y por más tiempo; es aquí donde observamos los resultados de una discrepancia seria entre el especialista de la disciplina y lo que

podría llamarse el historiador general. Lo cierto es que hay una tendencia a que toda la historia vire hacia la interpretación *whig*; lo cual no está suficientemente explicado si solo atribuimos este hecho a la prevalencia y persistencia de la interpretación tradicional. Hay un imán que siempre atrae nuestras mentes, a menos que hallemos la manera de contrarrestarlo. Y puede decirse que, si tan solo somos honestos y no somos también cuidadosamente autocríticos, tenderemos fácilmente a desviarnos por una primera falacia fundamental. Y si bien lo anterior puede darse sutilmente en el pormenorizado trabajo del especialista en historia, entra en acción con un efecto mayor en el momento en que un asunto se escapa de las manos del investigador; pues, cuanto más se discuta, en lugar de indagar, cuanto más se infiera en lugar de investigar, más *whig* se torna la historia si no hemos respondido con rotundidad al error original: hacer la historia más *whig* a medida que es compendiada.

Además, no puede afirmarse que todos los errores resultantes de un sesgo pueden quedar equilibrados mediante un trabajo que deliberadamente se escriba con el sesgo contrario. No ganamos verdad en historia por sumar el discurso de la parte acusadora al de la defensa. Y, aunque ha habido historias partidistas de los *tory* –así como las ha habido de los católicos–, sigue siendo cierto que no hay una tendencia en sí para que el asunto se incline en esta dirección. Los datos no pueden ser trucados secretamente en virtud del mismo tipo de falacia inconsciente original. Por esta razón, ha resultado fácil creer que la misma Clio está del lado de los *whigs*.

II. La premisa subyacente

La premisa principal de todo intento por comprender a los hombres del pasado debe basarse en la creencia de que podemos, en cierto grado, penetrar en mentes distintas a las nuestras. Si esta creencia estuviese infundada, parecería que los hombres deben estar siempre aislados entre sí, y que todas las generaciones deben ser concebidas como un mundo y una ley para sí mismos. Si no pudiésemos en ningún sentido entrar, por ejemplo, en la mente de un sacerdote católico o, de forma similar, en la de un orador ateo en el Hyde Park, resultaría difícil mostrar cómo podemos saber algo de los aún más extraños hombres del siglo XVI o pretender entender el proceso histórico a través del cual se ha moldeado el mundo contemporáneo. En realidad, el historiador postula que el mundo es en cierto sentido el mismo mundo, y que incluso los hombres más disímiles jamás son absolutamente distintos. Y aunque una afirmación de Tomás de Aquino pueda sonar extraña a oídos modernos, hasta el punto de rechazarlo por ridículo o por tratarse de una mente absolutamente ajena, considero que rechazar a un hombre de esta manera es un método para bloquear la mente contra él y contra algo importante para la naturaleza humana y su historia: es la negación del esfuerzo de comprensión histórica a un personaje histórico.

Justamente, debido a la diferencia respecto a nosotros, Tomás de Aquino es un objeto de estudio más atractivo para la imaginación histórica; pues, el objetivo principal del historiador es la elucidación de las diferencias entre el pasado y el pre-

sente, y su función principal es actuar como el mediador entre otras generaciones y la nuestra. No le corresponde resaltar y magnificar las similitudes entre una época y otra, y estará cabalgando tras una bandada de malentendidos si sale a cazar el presente en el pasado. Su trabajo es más bien destruir esas analogías que hemos imaginado que existen. Cuando nos muestra que la Carta Magna es un documento feudal en un contexto feudal, con unas implicaciones distintas de las que habíamos presupuesto, nos está desilusionando en la medida en que habíamos asumido que algo del pasado era muy similar a algo del presente.

Es parte y competencia de la interpretación *whig* de la historia estudiar el pasado con referencia al presente; y si bien puede haber un sentido en el que ello sea inobjetable si sus implicaciones son consideradas cuidadosamente, y puede haber un sentido en el que sea ineludible, con frecuencia ha sido un obstáculo para la comprensión histórica, puesto que ha sido interpretado como el estudio del pasado con referencia directa y perpetua al presente. A través de este sistema de referencia inmediata al tiempo presente, los personajes históricos pueden fácil e irresistiblemente ser clasificados en los hombres que promovieron el progreso y aquellos que trataron de impedirlo; existe así una regla general útil gracias a la cual el historiador puede seleccionar y rechazar, así como decidir qué puntos enfatizar. En este sistema, el historiador interpreta su función como el resultado de una demanda por que esté vigilante ante las similitudes entre el pasado y el presente, en vez de estar pendiente de las disimilitudes; de este modo, le resultará fácil afirmar que ha visto el presente en el pasado, imaginará que ha descubierto una "raíz" o una "anticipación" del siglo XX cuando, en realidad, se halla en un mundo de connotaciones muy diferentes y tan solo ha tropezado con lo que podría parecer una analogía engañosa.

Trabajando sobre el mismo sistema, el historiador *whig* puede trazar líneas entre ciertos hechos, tal como aquélla que va de Martín Lutero y una larga de sucesión de *whigs* a la libertad moderna; y de no tener cuidado, comienza a olvidar que dicha línea es apenas un truco mental suyo: llega a imaginarse que representa una suerte de línea de causalidad. El resultado final de este método es la imposición de una determinada forma sobre la totalidad de la narración histórica, y la producción de un esquema general de historia llamado a converger hermosamente en un presente –uno como muestra del efecto a través de los tiempos de un principio de progreso evidente, del cual protestantes y *whigs* han sido aliados perennes mientras que católicos y *tory* han sido perpetuos detractores. Un ejemplo de la caricatura de este resultado puede encontrarse en una opinión popular aún no eliminada del todo: aquélla de que la Edad Media representó un periodo de oscuridad cuando el hombre tuvo su lengua anclada por la autoridad –un periodo contra el cual el Renacimiento constituyó una reacción y la Reforma Protestante la gran rebelión. Esta se ilustra a la perfección en el argumento de un hombre denunciando el catolicismo en una esquina, quien dijo: "cuando el Papa reinaba Inglaterra, aquella fue la Edad Oscura".

El historiador *whig* se detiene en la cumbre del siglo XX y organiza su esquema de la historia desde el punto de vista de su presente; y es sutil para volcarse de su cima, donde puede fortificarse con argumentos plausibles. Puede afirmar que los hechos adquieren sus debidas proporciones al ser observados a través del paso del tiempo. Puede decir que los hechos deben ser juzgados por sus efectos últimos, a los cuales, dado que no pueden ser rastreados más allá, debemos hacerles seguimiento al menos hasta el presente. Puede decir que solo en relación con el siglo XX, un acontecimiento u otro del pasado tiene relevancia o significatividad para nosotros. Pueden usar todos los argumentos útiles para los hombres cuando la discusión es arrastrada a la plaza y la filosofía queda destronada por el sentido común; así que no es tarea sencilla demostrar cómo el historiador *whig*, desde su cima, sólo ve el curso de la historia invertido y oblicuamente. La falacia reposa en el hecho de que, si el historiador que trabaja en el siglo XVI mantiene el siglo XX en mente, hará una referencia directa a través de todos los periodos implicados entre Lutero o los Papas y nuestro mundo presente. Y esta yuxtaposición inmediata del presente y el pasado, aún cuando lo facilita todo y hace algunas inferencias peligrosamente obvias, está condenada a provocar una sobresimplificación de las relaciones entre hechos y un equívoco respecto a las relaciones entre presente y pasado.

Esta actitud hacia la historia no es, de ningún modo, la que adopta el historiador especialista cuando está dedicado a su investigación particular. Y, en efecto, conforme nos acercamos más al pasado, más difícil resulta seguir estos principios de forma consistente, aunque los hayamos aceptado verbalmente. Pese a nosotros y nuestras teorías, olvidamos nuestra predisposición a estudiar el pasado por el presente; no podemos librarnos de tropezar de cabeza contra él y de estar inmersos en el pasado por el pasado mismo. Muy pronto nos concentraremos en las cosas más inútiles del mundo –el pendiente de María Antonieta o las aventuras de los jacobitas. Pero esta es una actitud que tendemos a adoptar al visualizar el curso general de la historia o al comentar sobre él, y es una actitud hacia la que el especialista, a veces, se desliza cuando intenta relacionar su trabajo específico con la narración histórica en que se enmarca. En otras palabras, esta actitud representa una falacia y un hábito mental no examinado en el que caemos cuando abordamos la historia a gran escala. Es algo que interviene entre el trabajo del especialista en historia y el trabajo, en parte de organización y en parte de compilación, que el historiador general lleva a cabo: se inserta en el cambio de enfoque que realizamos al pasar de la visión microscópica de un periodo particular a nuestra vista de pájaro sobre el todo; este sistema de historia trae consigo una interpretación *whig* de la historia, muy diferente de aquella que el investigador tiene por contar.

Hay un presupuesto alternativo en el que el historiador puede basarse al estudiar el pasado, una asunción sobre la que parece actuar y dirigir su mente de manera más o menos consciente cuando está concentrado en una investigación. Desde esta visión, inicia su trabajo consciente del hecho de que está tratando de entender el pasado por el pasado mismo, y si bien es cierto que jamás podrá

abstraerse completamente de su propia época, ser consciente de su propósito lo diferencia del historiador *whig*, quien se dice que estudia el pasado por el presente. La verdadera comprensión histórica no se alcanza por la subordinación del pasado al presente, sino al convertir el pasado en nuestro presente e intentar ver la vida con los ojos de un siglo distinto al nuestro. Dicha comprensión no se alcanza asumiendo que nuestra época es el absoluto para el que Lutero o Calvino y su generación son apenas relativos; sólo es alcanzada aceptando el hecho de que su generación fue tan válida como la nuestra, sus asuntos tan trascendentales como los nuestros y su tiempo tan lleno y vital como lo es el nuestro para nosotros. El siglo XX que tiene sus propias complejidades, podrá tener poca paciencia con Arrío y Atanasio, quienes afligieron al mundo con su disputa sobre un diptongo. Pero el historiador no habrá logrado comprensión histórica, no habrá alcanzado ese tiempo de comprensión con el que la mente puede hallar tranquilidad, hasta que haya comprendido que el diptongo era un asunto de la mayor urgencia en el universo de aquellas personas.

Cuando se enfatiza esta vía en el intento del historiador por comprender el pasado, es cuando se evidencia cuál es su verdadera preocupación por elucidar las disimilitudes entre el pasado y el presente. En lugar de indignarse por algo del pasado que, en principio, parece ajeno e incluso perjudicial para nuestros tiempos, en lugar de dejarlo en la lejana oscuridad, intenta llevar el tema a su contexto natural, y elucidarlo al mostrar su relación con otras cosas que nosotros sí entendemos. Si el hombre que mantiene su mirada en el presente tiende a preguntarse cosas tales como, ¿cómo surgió la libertad religiosa?, mientras que el historiador *whig* -gracias a una sutil organización de sus simpatías- tiende a leer esta pregunta como ¿a quién debemos agradecer por nuestra libertad religiosa?, el historiador comprometido con el estudio del siglo XVI probablemente se preguntará por qué los hombres en aquellos días eran tan dados a la opresión. Esta es, en un sentido especial, la pregunta del historiador, una pregunta sobre el pasado y no sobre el presente; y al responderla, el historiador está en su propio terreno haciendo el tipo de contribución para la que es apto. En este sentido, está siempre absolviendo pecados por el simple hecho de estar averiguando por qué ocurrieron. Las cosas que nos resultan más ajenas son el objeto de su exposición; y hasta que no haya explicado las causas de la opresión de los hombres en el siglo XVI, se puede dudar de su competencia para discutir la pregunta adicional sobre cómo se ha llegado a la libertad religiosa en el siglo XX.

Pero tras este intento por comprender el pasado, el historiador intenta estudiar el cambio que acontece en el pasado, con el propósito de comprender los procesos de transición y analizar cómo las cosas ocurren en este mundo. Si pudiésemos juntar a todos los historiadores y observar el logro de su trabajo conjunto, observaríamos que están estudiando el proceso de cambio que ha convertido el pasado en nuestro presente. Y del trabajo de cualquier historiador que haya centrado sus investigaciones en cualquier cambio o transición emerge una verdad de la historia que parece combinarse con una verdad de la filosofía. Es nada menos que el pasado en su totalidad, con la complejidad de su movimiento, el

enredo de sus asuntos, y sus intrincadas interacciones, lo que produjo la totalidad del complejo presente; y esto, que de por sí es una premisa y no una conclusión del estudio de la historia, es la única causalidad de la que el historiador puede fiarse, lo único que puede afirmar sobre la relación entre el pasado y el presente. Cuando surge la necesidad de organizar y desenredar del presente un hecho o característica que debe rastrearse en la historia, el historiador se enfrenta a una explicación que supera la capacidad de cualquier mente, y encuentra la red de interacciones tan intrincada que resulta imposible señalar una particularidad del siglo XVI como causa de algo del XX.

A lo sumo, el historiador puede rastrear con cierta probabilidad la secuencia de hechos de una generación a otra, sin intentar dibujar el incalculablemente complejo diagrama de causas y efectos que se entrelazan en las tercera y cuarta generaciones. Cualquier acción realizada por un hombre es parte del conjunto de circunstancias que, en un momento dado, condiciona el conjunto completo de cosas por ocurrir a continuación. Comprender esa acción es recuperar miles de hilos que la conectan con otras cosas, es establecerla en un sistema de relaciones. En otras palabras, es ubicarla en su contexto histórico. Pero no es sencillo determinar sus consecuencias, ya que están fusionadas en los resultados de todo lo demás que conspiraba para producir cambio en aquel momento. No sabemos dónde habría estado Lutero si su movimiento no hubiese resonado en las ambiciones de los príncipes. No sabemos qué hubiese pasado con los príncipes si Lutero no hubiese llegado en su ayuda.

El volumen y complejidad de la investigación histórica son, al mismo tiempo, resultado y demostración del hecho de que, cuanto más examinamos la forma en que ocurren las cosas, más nos dirigimos de lo simple a lo complejo. Sólo al emprender una investigación y mirar un punto de la historia a través del microscopio, podemos realmente visualizar los complicados movimientos que esconde cualquier cambio histórico. Sólo mediante este método descubrimos los trucos que el tiempo le juega a los propósitos humanos al convertirlos en fines no alcanzados; o comprendemos el complejo proceso a través del cual el mundo pasa por una transición que, en retrospectiva, parece natural y fácil, en progreso hacia nosotros. Sólo mediante este método observamos las curiosas meditaciones provistas por las circunstancias para que los hombres puedan superar complejos o abrir sus mentes a algo nuevo. Tal vez, la mayor de todas las lecciones de la historia es demostrar la complejidad del cambio humano y el carácter impredecible de las consecuencias últimas de cualquier acto o decisión humana; a primera vista, una lección que sólo puede aprenderse en el detalle. Es una lección destinada a perderse en la labor de compendiar que realiza el historiador, y es por ello que los compendios de la historia son a veces calculados para propagar lo contrario a la verdad histórica. El historiador pretende explicar cómo el pasado se convirtió en el presente, pero la única explicación que puede ofrecer es exponer la narración completa y revelar su complejidad al contarla en detalle. En realidad, el proceso de cambio que llevó al presente es tan largo y complicado como todos los voluminosos y complicados trabajos de investigación histórica, dispuestos de extremo a extremo,

y entretejidos y concebidos como un todo.

La falacia del historiador *whig* yace en la manera en que toma un atajo en esta complejidad. La dificultad del historiador, en general, es que debe compendiar y debe hacerlo sin alterar el sentido y el mensaje peculiar de la historia. El peligro en cualquier estudio del pasado es el riesgo de argumentar de manera circular y atribuir lecciones a la historia que esta nunca ha enseñado y que la investigación histórica jamás ha descubierto –lecciones que realmente son inferencias a partir de la particular organización que damos a nuestro conocimiento. Aunque creamos en alguna doctrina de evolución o idea de progreso, y hagamos uso de ella en nuestra interpretación histórica de los siglos, nuestra historia no contribuye a la comprensión de lo torcidos y perversos que son los caminos del progreso, con cuán voluntad y desperdicio serpentea y gira, tomando cualquier curso excepto el del carril rectilíneo para alcanzar su meta, y cuánto parece extraviarse y desviarse por cualquier conjetura, para volver a nosotros –si es que regresa– por una puerta trasera. Tal vez creamos en alguna providencia que guía el destino de los hombres, y tengamos licencia de leer así nuestra historia; pero lo que nuestra historia nos trae es, no prueba de la providencia, sino más bien la comprensión de que su proceder es misterioso, de lo extraños que son sus caprichos –aprender que esta providencia se vale de cualquier medio para alcanzar su fin y que suele trabajar en propósitos que le interfieren, y es curiosamente rebelde. Nuestras suposiciones no tienen importancia si somos conscientes de que son suposiciones, pero no hay nada más falaz en el mundo que organizar nuestro conocimiento histórico sobre un supuesto sin darnos cuenta de lo que estamos haciendo, y luego hacer inferencias de dicha organización y afirmar que estas son la voz de la historia. Es aquí donde tendemos a caer en lo que he llamado la falacia *whig*.

La aproximación metodológica *whig* está muy asociada a la tendencia a resumir la historia, pues tanto el método como el tipo de historia resultante de él serían imposibles si los hechos se contasen en toda su extensión. La teoría que subyace a la interpretación *whig* –la teoría de que estudiamos el pasado por el presente– se introduce realmente con el propósito de facilitar el compendio de la historia, y su efecto consiste en proveernos de una regla general útil para descubrir con facilidad qué fue importante en el pasado, por la sencilla razón de que, por definición, nos referimos a lo importante “desde nuestro punto de vista.” Nadie podría confundir la aptitud de esta teoría para una escuela de escritores que mostrase la más mínima inclinación por subvalorar un lado de la narración histórica; y en efecto, no tendría sentido sostenerla si no fuera porque sirve para simplificar el estudio de la historia, al ofrecer una excusa para excluir elementos. La teoría es importante porque nos brinda, a largo plazo, un camino a través de la complejidad de la historia; realmente, nos ofrece un atajo a través del laberinto de interacciones por el cual el pasado se convirtió en nuestro presente; nos permite evitar el verdadero problema del estudio histórico. Si podemos excluir algunos elementos por no tener relación directa con el presente, habremos extraído los más problemáticos de la complejidad y así lo torcido se endereza. No cabe duda de que la aplicación de este principio produce un sesgo en la historia a favor de

los *whig*, y resulta desfavorable para los católicos y los *tory*. La historia *whig*, en otras palabras, no es un compendio genuino, pues está basada en un principio de selección implícito.

La adopción de este principio y de este método compromete a determinada organización de toda la narración histórica. Muy diferente es el caso en el que historiador, estudiando el siglo XVI, emprende el descubrimiento de cosas que fueron importantes para aquella época o influyentes en aquel tiempo. Y si pudiésemos imaginar un estudio general de los siglos que fuese un compendio de todos los trabajos de investigación histórica, y si comparásemos aquel con un estudio de todo el periodo compendiado de acuerdo con el principio *whig* -es decir, "desde el punto de vista del presente"-, no sólo encontraremos una sobresimplificación excesiva de las complicaciones sino también la narración reestructurada y las más importantes valoraciones corregidas; en otras palabras, encontraremos una historia compendiada que presenta una narración completamente diferente. De acuerdo con la consistencia con que hemos aplicado el principio de referencia directa al presente, seremos conducidos a esa versión de la historia llamada interpretación *whig*.

Al observar a los protestantes luchando contra los católicos en el siglo XVI, revivimos nuestro sentimiento sobre la libertad en el siglo XX, y mantenemos frente a nuestros ojos las posiciones relativas de los católicos y protestantes hoy en día. Se abre a nosotros todo un espectro de inferencia escondida, basada en esta yuxtaposición mental del siglo XVI al presente; e incluso antes de haber examinado el asunto con detenimiento, nuestra narración habrá ya asumido una forma general: los protestantes son vistos como aquellos que pelearon por el futuro, mientras será obvio que los católicos pelearon por el pasado. Dado este sesgo original, podemos seguir un procedimiento técnico destinado a confirmar y aprisionarnos en él, ya que cuando estudiemos, por ejemplo, a Martín Lutero con detenimiento, tendremos un imán que puede sacar de la historia justamente aquello que buscamos y, por medio de cien citas arrancadas de su contexto y despojadas de su relevancia para una conjetura histórica particular, podremos probar que hay una analogía entre las ideas de Lutero y el mundo del presente; podremos ver en Lutero una anticipación del presente. La historia es un saber sutil y puede apresarnos en el más largo argumento circular que pueda imaginarse. Es muy importante cómo iniciamos nuestro trabajo -ya sea, por ejemplo, tomando a los protestantes del siglo XVI como hombres luchando por el surgimiento del mundo moderno, mientras los católicos luchaban por preservar el mundo medieval, o bien tomando el mundo moderno como resultado del choque entre católicos y protestantes. Si usamos el presente como referencia perpetua, podremos dividir con facilidad a los hombres del siglo XVI en progresistas y reaccionarios, pero probablemente nos haremos menos preguntas; y estamos mejor capacitados para comprender cómo el pasado se convirtió en presente si adoptamos la mirada del siglo XVI sobre sí mismo, o si observamos el encadenamiento de hechos como emerge al examinar los movimientos de nuestra propia generación. Y, en este caso, tenderemos a ver no tanto a los progresistas luchando contra los reaccionarios,

sino dos partes que difieren en la pregunta sobre cuál debe ser el siguiente paso en el progreso. En lugar de entender el surgimiento del mundo moderno como la victoria de los hijos de la luz sobre los hijos de las sombras en cualquier generación, es mejor comprenderlo como el resultado del choque de voluntades, un resultado que con frecuencia ninguna de las partes esperaba o soñaba; un resultado que, en efecto, en algunos casos ambas partes hubiesen odiado por igual, pero un resultado para cuya consecución ambas partes y su choque fueron necesarios.

El historiador *whig* tiene frente a sí el camino más fácil y más expedito para juicios históricos pesados y magistrales, al estar en posesión de un principio de exclusión que le permite excluir los elementos más difíciles de la complejidad. Al tomar los personajes y partes del pasado cuyas ideas resultan más análogas a las nuestras, y ponerlos en contraste con el resto de la historia, confecciona su organización y compendio histórico, teniendo vía libre respecto a la complejidad. Esta organización de la historia podrá responder a todas las preguntas con más claridad de lo que cualquier investigación histórica jamás podrá. Le permitirá, incluso antes de estudiar cualquier hecho en profundidad, llegar a lo que parecen ser juiciosos autoevidentes sobre acontecimientos históricos. Le permitirá decidir de manera irrevocable y con antelación, antes de que la investigación histórica se haya pronunciado y de cara a cualquier cosa que pueda afirmar, que Fox, sin importar sus pecados, luchó por salvar la libertad de las manos de Pitt, mientras Pitt, sin importar sus virtudes, no podrá entenderse como aquel que luchaba por salvar la libertad de las manos de Fox. Mas, la tesis de este ensayo es que cuando organizamos la historia general con el presente como referente, estamos creando lo que, en realidad, es una gigantesca ilusión óptica; y que un gran número de asuntos que la historia ha de conceptualizar con aire de certeza no son inferencias hechas desde el pasado sino a partir de una serie de abstracciones del pasado – abstracciones que, por el principio mismo de su origen, presuponen las preguntas mismas que el historiador pretende responder.

La tesis de este ensayo es que la interpretación protestante y *whig* de la historia es el resultado de algo mucho más sutil que el sesgo protestante o de partido; el caso importante surge cuando los mismos hombres que se opusieron al voto de las mujeres hasta que no pudo negarse por más tiempo, son incapaces de ver en los oponentes del Acta de Reforma de 1832 algo más que corruptos defensores de abusos rentables. Y, es este tipo de limitación en el esfuerzo de comprensión histórica el que necesita de una explicación. La interpretación *whig* de la historia no es sólo propiedad de los *whig* y es mucho más que un sutil sesgo mental: introduce un truco de organización, un hábito mental no examinado en el cual cualquier historiador puede caer. Puede llamársele la “falacia patética” del historiador. Es el resultado de la práctica de abstraer las cosas de su contexto histórico y juzgarlas al margen de su contexto –estimando y organizando la narración por un sistema de referencia directa al presente.

Podríamos argumentar que este principio *whig* es aplicado esporádicamente por cualquier historiador con una consistencia prolongada, e incluso uno podría ir

más lejos y afirmar que no es concebible que sea aplicado de manera perfectamente consciente. Su conclusión lógica, de tener una, sería el estudio del presente sin ninguna referencia al pasado; una consumación a la que, en efecto, se llega a aproximar, a juzgar por algunos de los especímenes de la falacia –el caso, por ejemplo, de algunas opiniones populares sobre la Edad Oscura. El principio *whig* explica muchos de los malentendidos con respecto al pasado, pero su aplicación no se limita al ámbito del error popular; atestígüese que puede ser empleado como teoría definitiva por los historiadores. Representa un tipo de error en el que es muy difícil no caer. Pero más que ello, es la suma misma y definición de todos los errores de inferencia histórica. El estudio de la historia con un ojo, por así decirlo, sobre el presente, es la fuente de todos los pecados y sofismas en la historia, empezando por el más sencillo de ellos, el anacronismo. Es la falacia en la que caemos cuando damos los argumentos que parecen más autoevidentes. Y es la esencia de lo que denotamos con la palabra “antihistórico”. Describe la actitud con la que los hombres del Renacimiento parecen haberse aproximado a la Edad Media; describe la actitud del siglo XVIII hacia muchos de los periodos del pasado; explica buena parte de la plausibilidad de aquella versión especial de interpretación *whig* que expuso la historia de Inglaterra a la luz de la teoría de la libertad germánica primitiva; explica cien versiones *whig* y protestantes de la historia que han sido revisadas por el trabajo de especialistas.

Y, aunque se diga que en cualquier circunstancia todos los errores se pueden corregir con estudios más detallados, cabe recordar que la tesis misma tiene el efecto de detener la investigación. Y, contra el argumento de que estudiamos el pasado por el pasado mismo, esta se presenta como una limitación a nuestras metas e investigaciones; es la teoría de que la historia es muy útil si la tomamos con moderación; y puede convertirse en una apología para cualquier cosa que no sea compatible con la investigación histórica. Un estudio más riguroso sólo puede emprenderse, como se ha visto, a partir del abandono de esta tesis. Y aún así, aún en el último recurso, aunque una investigación ulterior hubiese corregido muchos de los más manifiestos errores resultantes de esta falacia, hay un sentido en el que, de mantener la tesis *whig*, la investigación científica jamás podrá ponerse al día, pues nunca podrá penetrar el círculo en el que estamos argumentando. El propio especialista resulta engañado y nos grita sin ningún propósito si reformulamos su trabajo a partir de lo que llamamos el punto de vista del presente –todavía seleccionado aquello conforme a nuestro principio, todavía remendando la vieja narración con la nueva investigación.

VI. Los juicios morales en la historia

El resultado natural de los hábitos mentales del historiador *whig* –aunque no es una consecuencia necesaria de su método– es un interés por la promulgación de juicios morales, y la concepción de la misma como una parte importante de su quehacer. Su preocupación es comprensible si se recuerda que se concibe a sí mismo como algo más que el investigador; por la finalidad y carácter absoluto con que ha dotado el presente, ha elevado su propia posición. Para él, la voz de la posteridad es la voz de Dios, y el historiador es la voz de la posteridad. Y es típico

de él tender a considerarse el juez cuando, por sus métodos y sus herramientas, es apto únicamente para ser el detective. Su interés por la esfera de los juicios morales es en efecto su deseo, llevado al extremo, de hacer juicios morales, y de incluirlos como veredictos de la historia. Por medio de un curioso ejemplo de la transferencia de ideas, él, como muchos otros, ha llegado a confundir la importancia que deben tener las cortes de justicia y la finalidad que deben tener, por razones prácticas, en la sociedad, con las más inútiles e improductivas formas de reflexión -la formulación de juicios morales sobre gente o sobre acciones en retrospectiva.

Y es interesante observar que la misma mente y temperamento resultantes del primer acto de ensalzamiento tienden rápidamente a llevar a otro, el cual es discreto, indefinido, subrepticio. La firmeza que en principio exigían las prerrogativas de justicia eterna ahora procede, por una lógica similar, a una forma más sutil de intrusión, pues los historiadores *whig* han tendido a elevar el colorido de sus narraciones históricas al aferrarse a alguna diferencia de opiniones o algún conflicto de políticas y afirmando que se trata de asuntos morales. Y en efecto es una propensión que exige mucha autodisciplina para que la podamos resistir. Debemos recordar que hay algunas cosas en el pasado que el *whig* está muy ansioso por condenar, y que algunas de sus opiniones logran convertirse en una suerte de código moral. Es al menos probable que la verdadera carga de su indignación recaiga sobre cosas que son anatema exclusivamente para los *whig*. No es coincidencia que se haya mostrado reacio a aislar los juicios morales de la historia.

Puede ser cierto que, en la figura de Lord Acton, el historiador *whig* ha alcanzado su mayor conciencia; y es cierto, y no es mera coincidencia que, en sus escritos, los juicios morales se consignaron en su forma más mordaz e intransigente, mientras que en su apreciación global de la materia, magnificó la función moral de la historia. Se puede concluir de su afirmación al respecto que concibió este aspecto de su pensamiento como la consecuencia de su catolicismo; mas es posible cuestionar su autoanálisis en este punto, pues es difícil observar cómo el contenido de su código moral (tal como puede ser inferido de lo que podría llamarse su decisión judicial) o la particular manera en que aplicaba sus principios a cualquier caso bajo consideración, podrían representar un sistema específicamente católico o cristiano.

No es malicioso atribuirlos más bien a su sesgo de historiador *whig*. Cuando, al defender su posición, afirmó que "el poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente", tal vez haya él afirmado la más sabia de las verdades, pero podemos sospechar que se trataba de una verdad más afín al corazón del liberal que había en él que a la mente del católico romano. Y si bien su tesis puede servir tanto para excusar y explicar como para condenar a un personaje histórico, esta es formulada con una hostil insinuación, es ofrecida como la razón por la cual no debe permitírsele a hombres ocupar cargos de alto poder. Acton remite con aprobación implícita a una visión de la historia que sus teorías elaboran cabalmente, y la describe así: "considera la canonización del pasado histórico más

peligrosa que la ignorancia o la negación, pues perpetuaría el reino del pecado y el reconocimiento de la soberanía del error". Es curioso aunque comprensible, que un profesor considerase necesario advertir a los jóvenes historiadores sobre el exceso de simpatía o aprecio por el pasado histórico; pero aún más interesante es el absoluto sesgo *whig* que está presente de manera obvia pero latente en este comentario. Resultaría muy iluminador rastrear –si tal cosa fuese posible– las connotaciones en la mente del historiador *whig* de las palabras "el reino del pecado (...) la soberanía del error " con referencia a la "canonización del pasado". Finalmente, en esta, como en muchas otras de las tesis de Acton, encontramos alguna señal de lo que es una característica común de los historiadores *whig*: una indicación de que todo ese deseo por pasar juicio moral sobre varios asuntos del pasado obedece realmente a algo del presente sobre lo cual el historiador está ansioso.

Hay otra afirmación de Acton muy interesante y tal vez aguda, acerca de que es mayor el mal que deriva del pecado consciente que del error inconsciente; a pesar del valor que esta pueda tener, escasamente puede considerársela una lección de la historia, pues es un ejemplo extremo del tipo de verdad que solo puede ser alcanzada a través del autoanálisis. Asociada con otra afirmación, se hace extremadamente peligrosa; pues en su conferencia inaugural, Acton da razones de por qué es mejor que el pecado sea presumido a que nos extendamos demasiado en otras explicaciones. "Hay un dicho popular de Madame Staël", escribe, "de que perdonamos todo aquello que entendamos realmente. La paradoja ha sido juiciosamente reducida por su descendiente, el Duque de Broglie, con las palabras: «cuidado con explicar demasiado, si no terminaremos excusando en exceso»". Una vez más, la teoría *whig* de la historia tiene el efecto práctico de reducir el esfuerzo por la comprensión histórica; una región indefinida es dejada a la decisión subjetiva del historiador, quien decide no explicar, sino simplemente declarar que hay pecado. Uno sólo puede sentir que, si un historiador sostiene dicha combinación de teorías, ha debido haber algo en el pasado o en el presente que él muy vehementemente quiso condenar. De hecho, hay demasiado entusiasmo en la afirmación: "no permitir que ningún hombre o causa escape el castigo que la historia tiene para infligir el mal." El historiador *whig*, como Aquino –si en efecto fue Aquino– puede tal vez encontrar demasiada comodidad en la contemplación de cierta forma de tormento para el condenado.

Pero sería injusto para con Lord Acton obviar el hecho de que, detrás de sus opiniones sobre los juicios morales yace una tesis más fundamental. Acton sostuvo una muy atractiva teoría acerca de la función moral de la historia. Tal vez sea esta la más elevada forma de la tendencia *whig* de exaltar el estudio histórico. Acton le escribió al Obispo Creighton que cuando el historiador se compromete con la cuestión de los principios morales, la historia deja de ser un "árbitro en la controversia, el defensor de ese estándar moral que el poder de la tierra y de la religión misma tienden constantemente a paralizar". Cuando la historia se entromete con el código moral, "presta sus servicios donde debería reinar". Es una exaltación atractiva de la historia, la cual le da el poder de tirar y aflojar, de ser

el árbitro de la controversia, de reinar y no de servir; pero uno podría creer que es una teoría que toma un atajo demasiado corto hacia el absoluto. Es la historia invadiendo como el estado hegeliano, hasta que lo abarca todo y se erige como la finalidad en un mundo moral, tomando custodia de ese estándar moral que “la religión misma tiende constantemente a paralizar”. Es la historia elevada a algo así como la mente de Dios, emitiendo juicios últimos sobre las cosas que están ocurriendo en el tiempo.

He aquí el verdadero Papa, que no será *servus servorum Dei* [siervo de los siervos de Dios]; es este el único absolutismo que el *whig* está dispuesto a defender; el derecho divino y la falta de resistencia, pues (si se me permite una palabra maliciosa), ¿no está acaso la historia del lado de los *whig*? No es fácil resistir la tentación por personificar e idealizar la historia, y no hay duda de que esta especie de fantasía tiene efectos en la postura del historiador. Como consecuencia práctica, resulta en la exaltación de las opiniones del historiador. Alcanza su punto más elevado en la concepción de la historia como árbitro, la historia como el lugar del juicio, en particular sobre asuntos morales. Lord Acton desarrolló esto al extremo de su conclusión lógica: “es el oficio de la ciencia histórica mantener la moralidad como el criterio único e imparcial del hombre y de las cosas”. “Haber desarrollado y perfeccionado y armado la conciencia es el gran logro de la historia”.

Acton, sin embargo, no tuvo exactamente como finalidad defender la función moral del historiador contra el no creyente. Más bien se ocupó de la manera en que dicha función debía ser interpretada y por la seriedad con la que este estudio debía realizarse. Él atacaba al historiador que, mientras daba por hecho que los juicios morales hacían parte de sus competencias, usaba sus prerrogativas para hacer exoneraciones sencillas y tratar con ligereza el código moral. Buena parte de su doctrina es una protesta válida contra la descuidada naturaleza de las excusas que puede aducir el historiador, en particular cuando estas son aplicadas mecánicamente a cualquier caso. Y él propone la seria pregunta por qué tanto pueden las explicaciones del historiador –tales como la referencia a la crianza de un hombre o al “espíritu de la época”– exonerar realmente a un transgresor, por ejemplo, a un Papa del siglo XV de la era cristiana. Una vez se han agotado todas las explicaciones históricas de carácter y conducta, debe recordarse que la verdadera pregunta moral aún responderse; y, ¿qué puede hacer el historiador con los nichos secretos de la personalidad en los que reside la responsabilidad moral final de los hombres? Acton ve el problema, pero se limita a afirmar que en los casos de duda debemos inclinarnos hacia la severidad. Es este el significado de su declaración de que, pese a lo que la gente cree, es mayor el mal que deriva del pecado consciente que del error inconsciente. Y es por ello que él puede afirmar “cuidado con explicar demasiado, si no terminaremos excusando en exceso”. Una vez concedido que el historiador ha formulado la pregunta moral y que ha aceptado los supuestos que ello debe implicar, no puede entonces deslizarse de su cómoda esfera moral y recurrir a los términos de su propio mundo histórico, entrando así ligeramente a un conjunto de supuestos del todo diferente. Y en particular, una vez haya ofrecido lo que realmente es la única explicación histórica del carácter o conducta, no puede

imaginarse que con ello ha hecho algo por justificar la responsabilidad moral. Acton identifica el problema central de los juicios morales en la historia, pero es insatisfactorio pues no logra responderlo; en el momento crucial tan solo puede decirnos que nos inclinemos hacia la severidad.

Su actitud hacia esta pregunta especial, por tanto, realmente involucra una tesis fundamental: "mejor ser injusto con los muertos que dar crédito a ideas sueltas sobre asuntos morales". Se trata de la *reductio ad absurdum* [reducción al absurdo] de los juicios morales en la historia. Al centrar su atención en el verdadero problema de estos juicios morales, Acton estuvo muy cerca de darnos el argumento para no tenerlos del todo. Nuestro único refugio contra el imposible dilema y el ideal inalcanzable que nos presentan sus teorías, yace en el franco reconocimiento del hecho de que hay límites a lo que la historia y el historiador pueden hacer; pues, se ocupan de la explicación histórica del carácter y conducta; y si desconfiamos o desalentamos este tipo de explicación, como incluso Acton estuvo inclinado a hacer, nos estaremos acercando peligrosamente a la tesis: "mejor no ser históricos que hacer algo que pueda bajar la dignidad moral de la historia". La verdad es que esta explicación histórica no condena, ni tampoco excusa. Ni siquiera toca el reino en el que palabras como estas tienen sentido o relevancia. Es un compuesto de observaciones hechas sobre acontecimientos del mundo concreto; no es ni más ni menos que el proceso de observar las cosas en su contexto. Ciertamente es que no es menester del historiador exonerar; pero tampoco lo es condenar. Le aclara mucho la mente poder perdonar todos los pecados sin negar que hay pecados por perdonar; mas recordar el problema de su naturaleza pecaminosa no es un problema histórico para nada. Y aunque no sea su competencia declarar que la responsabilidad moral no existe, podemos afirmar que esta responsabilidad yace del todo por fuera del mundo particular en el que el historiador hace su labor. Enfrentará dificultades insuperables si trata de pararse con un solo pie en un mundo que no es el suyo.

Concediendo –lo cual es menos sencillo de lo que parece– un acuerdo sobre asuntos de moralidad, es una cuestión sutil hallar su incidencia sobre un caso particular. Y debe recordarse que, por naturaleza, los juicios morales son absolutos; en el sentido de que es inútil hacerlos si uno no puede de manera definitiva afirmar tener la razón. Podrá ser fácil para el moralista del siglo XX discutir la ética de la persecución, decir tal vez que la persecución religiosa estaría mal hoy en día, tal vez que estuvo mal en todas las épocas. Podrá ser fácil juzgar la cosa, condenar el acto, pero ¿cómo deberá el historiador pasar a la condena de personas, y aplicar sus estándares en el juicio de un incidente especial en un momento particular? ¿Deberá absolver desde su presente a todos los hombres del siglo XVI porque la época dio por sentada la persecución y la asumía como un deber; o deberá condenar a los hombres por no ser lo suficientemente originales en sus ideas para sublevarse contra las reglas y los estándares de su propio tiempo? ¿Deberá condenar a María Tudor como perseguidora y alabar a Catalina de Médici por buscar la tolerancia, o es más cierto afirmar que María fue ferviente y consistente en su catolicismo, mientras que Catalina fue más mundana e indiferente? La función del historiador

es, en primer lugar, describir las persecuciones por las cuales la reina de Inglaterra fue responsable, y de narrar los intentos de la reina francesa por asegurar la tolerancia. Pero poseer el arte de examinar fuentes y ponderar evidencia no lo faculta con la sutileza para decidir la incidencia de la culpa o el alabo moral. Será menos historiador si por un juicio moral pone en alto su esfuerzo imaginativo, y si por indignación moral disminuye su esfuerzo por la comprensión histórica. Frente al envenenamiento del que Alejandro VI es acusado, el historiador debe estar ligeramente interesado, sentir una leve curiosidad por saber cómo llegaron a ocurrir dichas cosas.

Es deber suyo mostrar por qué María persiguió y por qué Catalina no lo hizo, hasta que nos parezca natural por qué cada una actuó de la manera en que lo hizo. Tal vez sea proporcional a su tarea de mostrar por qué un acontecimiento tuvo lugar, la manera en que él desarma nuestros juicios morales y le pone punto final al impulso mismo hacia la indignación moral. Al ponerse la tarea de explicar cómo María Tudor llegó a ser lo que fue, logra hacer irrelevantes los juicios morales. La verdad es que el historiador, cuyo arte es descriptivo, no se mueve en este mundo de ideas morales. Sus insumos y sus procesos y todas sus herramientas, existen para permitirle mostrar cómo un acontecimiento particular llegó a tener lugar. ¿Quién es él para salirse de su verdadero oficio y anunciarnos que dicho acontecimiento no debió haber ocurrido? El caso de Napoleón Bonaparte ilustra las complicaciones que pueden derivar del ejercicio del juicio moral. Napoleón afirmaba que gracias a su genialidad y a su destino se encontraba separado del mundo moral. Se consideraba una excepción a las usuales reglas sobre el bien y el mal, y parece haber sido consciente de que él era una extraña criatura entre los hombres, una persona completamente amoral trabajando con la indiferencia de una ciega fuerza de la naturaleza –algo así como una avalancha que aplastó el mundo. Es cierto que no fue indiferente a la moralidad de otras personas. Fue casi su vocación de restaurar el orden moral que había colapsado en la Revolución, disciplinar nuevamente a la sociedad, y traer de vuelta las decencias de la vida. Pero lo anterior es consistente con su afirmación de estar por fuera del orden moral, pues se reconocía como autorizado para referirse al fin moral, tal como el Estado hegeliano afirma serlo. Él creía que al servirle, otros hombres obtenían su propio bien.

Todo lo que hizo por interés propio podía contarlo como hecho por la gloria de Francia. Todo aquello que hiciera peligrar su posición era una amenaza para el Estado. Su situación y su poder se combinaron con su instinto, convirtiéndolo declaradamente en el hombre amoral. Cuando una persona ha declarado de manera tan tajante ser forajida del orden moral, es una tautología para el historiador hacer otra cosa más que describir la visión de sí misma de dicha persona. Es redundante o extremadamente sutil discutir la moralidad de un hombre que no admite el orden moral, o que se considera la excepción a sus leyes. Y cuando un hombre ha declarado de manera tan completa su posición, no es muy útil continuar discutiendo si una obra particular suya debe ser considerada inmoral. Si él afirma estar por fuera de la moralidad, es mucho más relevante estudiar sus errores, pues cuando

un hombre dice que él mismo es el Estado, es esencial que no cometa errores. Si la ejecución del Duque de Enghien fue necesaria para la preservación del gobierno de Napoleón, uno podría argumentar que fue necesaria para la estabilidad y la paz de Francia; y en este caso surge la complicada pregunta qué haría uno por garantizar la seguridad del Estado. Pero, si Napoleón hubiese estado equivocado y si la ejecución no era necesaria para tal propósito, entonces el error mismo fue inmoralidad, y no es meramente insensible indiferencia afirmar que el error fue peor que un crimen.

Pero los juicios morales son inútiles si no se puede pensar que implican la comparación de un hombre con otro. De lo contrario, el historiador tendría que caer en el lugar común de que todos los hombres son a veces pecadores. Al mismo tiempo, es imposible hacer comparaciones de este tipo si no comparamos también la situación en la que se encuentran los hombres –la urgencia de su posición, el propósito por el que trabajaron, las exigencias que estaban dispuestos a imponerse en el momento de hacer sus reclamos a otros. Es difícil juzgar a un hombre como Napoleón, quien se paró, por así decirlo, al aire libre y tuvo el poder para hacer lo que quisiera: ningún gobierno controló sus acciones; ninguna ley o política lo mantuvo a raya; ninguna institución definió las condiciones limitantes para su comportamiento moral; no lo contuvo ningún miedo a la desaprobación social. Todas las fuerzas que controlan nuestro egoísmo y todas las circunstancias que incluso ponen límite a nuestros deseos estaban, por así decirlo, bajo su mano, y lo dejaban libre e incondicionado. Es imposible para nosotros siquiera imaginar a un hombre cuya situación y poder le dan libertad para elegir su conducta y dar rienda suelta a su deseo –libre de hacer lo que le plazca con los demás hombres. No sabemos si el rey de Prusia habría sido más moderado en sus ambiciones si hubiera tenido el poder para realizarlas y la oportunidad de hacer a voluntad. Y no sabemos si nosotros, quienes a causa de nuestras circunstancias tenemos pequeños deseos y mil represiones del deseo, habríamos sido más respetables que él, de haber estado en una posición que nos permitiese gobernar por todo el universo del deseo. Sabemos, en efecto, que este hombre, cuya mente careció en tantos sentidos de restricción, no vivió sin imponerse lo que fueron maravillas de la autodisciplina. Esto no es una defensa de Napoleón, quien sabía que su empresa azotó el continente entero, y ello no elimina la responsabilidad moral que Lord Acton tanto valoró; pero sí muestran que Napoleón no es para historiador un objeto de juicios morales sencillos y absolutos. Ello hace necesario que traduzcamos todo el asunto a términos acordes con la competencia del historiador. Estaremos en el mundo propio del historiador si afirmamos que la figura de Napoleón es para él objeto de descripción.

No es función suya molestarse con preguntas relativas al lugar en el que reside la responsabilidad moral; al punto hasta el que los fines justifican los medios y las buenas causas cubren las malas obras; o relativas al grado en el cual el hombre puede recurrir al maquiavelismo para, tal vez, salvar la existencia misma del Estado. Pero sí puede dar evidencia de que Napoleón mintió, de que Alejandro VI envenenó personas y de que María Tudor realizó persecuciones. Y decir que tal

hombre fue un cobarde, o que otro fue un fanático, o que cierta persona era una borracha habitual, puede ser tan válido como cualquier otra generalización histórica. La descripción de las características de un hombre, el análisis de una mente y personalidad son –sujetas a ciertos límites– parte del reino de la interpretación histórica; pues el estudio histórico presume que la simpatía, la perspicacia y la imaginación nos permiten avanzar al menos un poco hacia la comprensión de personas distintas a nosotros y de tiempos diferentes a los nuestros.

Además, el historiador se puede ocupar del problema que parece haber ocupado a Lord Acton: el efecto que la promulgación de ideas descuidadas sobre asuntos morales hubiese podido tener, en cualquier época, en la conducta humana. El historiador se encuentra nuevamente en su territorio cuando investiga las consecuencias en ciertos periodos del pasado de la doctrina de que el fin justifica los medios, o cuando muestra la importancia histórica de varias teorías éticas que atañen al estado. Cuando Acton afirma que ha habido poco “progreso en la ética [...] entre San Juan y la era victoriana”, puede estar en lo cierto o no, pero está haciendo lo que podríamos llamar una afirmación histórica. Las preguntas de la ética atañen al historiador en la medida en que son parte del mundo que tiene que describir; los principios e ideales éticos le atañen respecto al efecto que han tenido sobre los seres humanos. En otras palabras, estudia la moralidad en la medida en la que esta haga parte de la historia. Si la moralidad es el producto de la historia, el historiador podría ser llamado para describir su desarrollo. Si es un sistema absoluto, igual de vinculante en todos los lugares y tiempos, entonces no le atañe, pues sus herramientas solo le permiten examinar los cambios de las cosas que cambian. Pero aun en este caso, sólo se debe reformular la pregunta; ahora él será llevado a observar el desarrollo de la consciencia de los hombres de dicho orden moral, o su gradual descubrimiento del mismo. La moralidad, aunque pueda ser absoluta, no es absoluta para él.

Tomando la historia amplia de los siglos, es posible observar la evolución del gobierno constitucional y la libertad religiosa, y es posible pensar dicha evolución como un logro de cooperación de toda la humanidad, al cual asistieron, a pesar suyo, los *whig* y los *tory*; siendo necesarios en el proceso tanto los protestantes como los católicos; interactuando perpetuamente los principios de orden y libertad; y, a ambos lados de las grandes controversias, hombres peleando entre sí, los cuales fueron considerados buenos en sus días y que, para el historiador, son en cualquier caso “irreprochables en sus vidas privadas”. Pero si el historiador está preparado para discriminar entre el propósito por el cual estos hombres bien intencionados lucharon entre sí, y si está preparado para ver el asunto como moral y convertirlo en cuestión de juicio absoluto, si insiste en que es de su incumbencia tratar su tema en el reino de las ideas morales, ciertamente hallará un camino más corto hacia aquello por lo cual trabaja, y su historia se habrá escrito con líneas más fuertes, pues será una versión de la sobredramatización *whig*. Podrá entonces tener la libertad y el gobierno constitucional como asunto del perenne choque entre los principios del bien y el mal.

Puede apropiarse de las disputas de antaño y separar por siempre la humanidad y, al juzgar el pasado por el presente, mantener a todas las generaciones separadas por siempre. Y ha ocurrido que él ha sido capaz de admitir que hubo hombres buenos en ambos lados del conflicto, y de hacerlo sin hacer el menor sacrificio de lo que debe ser concebido como el lujo y la placentera sensualidad de la indignación moral. Detrás de todo, y a pesar de una suerte de plan cósmico del bien y el mal en conflicto, el historiador *whig* ha logrado reservarse una última pieza de sutileza. Puede incluso elegir perdonar la vida privada de Fox y salvar su condena moral de la “represiva política de Pitt”; pues Lord Acton mismo nos informa que “él tenía poco deseo de inmiscuirse en la moralidad privada de reyes y políticos”, y fue Acton quien le dijo a los historiadores que deben “sospechar poder más que vicio”. El *whig* parece preferir asumir una postura moral sobre lo que llama las grandes preguntas de la política pública. Así que con base en la interpretación *whig* de la historia, hemos impuesto la peculiar ética del historiador, con la cual podemos obviar el hecho de que un rey es un derrochador y un calavera, pero no podemos contener nuestras pasiones morales si un rey está demasiado exaltado por su visión de su oficio. La sentencia de Burke, que Acton suscribe, de que “los principios de la verdadera política son aquellos de la moralidad ampliados”, podrá tener un mundo de verdad, pero puede ser peligrosa en las manos del historiador. Y el no menor de sus peligros yace en el hecho de que puede ser invertida con tanta facilidad.

El historiador nos presenta una visión del mundo tal como es en la historia. Nos describe el proceso total que subyace a los cambios de las cosas que cambian. Nos ofrece esto como su explicación, su peculiar contribución a nuestro conocimiento de nosotros mismo y de los asuntos humanos. Esta representa su especial modo de pensamiento, que tiene leyes propias y está limitada por sus herramientas. Si pone al bien contra el mal, si habla “del reino del pecado, la soberanía del mal”, entonces dispone los ángulos de su visión de manera distinta, pues los dispone de acuerdo con medidas que realmente vienen de otra esfera. Si trabaja con juicios morales está tratando de asumir una nueva dimensión, y está abandonando el reino de la explicación histórica, el cual es el único que puede considerar suyo. Así que debemos decir de él, que es su labor mostrar cómo los hombres llegaron a disputas, en vez hacer una narración con la finalidad de revelar quién tiene la razón. Debe recordarse que, con sólo investigar y explicar, está incrementando el entendimiento humano, extendiéndolo a todas las edades, y uniendo el mundo. Y es en ello, en vez de en el trabajo por “perfeccionar y armar la conciencia”, donde debemos buscar el logro y la función y la defensa de la historia.

Finalmente, contra la opinión de Acton de que la historia es el árbitro de la controversia, el monarca de todo lo que estudia, puede sugerirse que ella es la sierva misma de los siervos de Dios, el sirviente de todos los sirvientes. El historiador atiende al economista, al político, al diplomático, al músico; está por igual al servicio del estratega y del eclesiástico y del administrador. Debe aprender mucho de ellos antes de siquiera poder empezar su labor de explicación histórica; y nunca puede imponerse sobre ellos. No es ni juez ni jurado; está en la posición

de un hombre llamado al estrado a dar evidencia, y aun así pude abusar de su función y requerir de la más minuciosa repregunta, pues él es uno de esos “testigos expertos” que persisten en ofrecer sus opiniones escondidas dentro de su evidencia. Tal vez todos los libros de historia representan un peligro para todo aquel que no sepa, previamente, bastante de historia. En todo caso, nunca es seguro olvidar la verdad que realmente subyace a la investigación histórica: la verdad de que toda la historia requiere perpetuamente de una corrección por parte de la propia historia. Cuando todo se ha dicho, si no tenemos comprensión, la historia de todas las edades no nos traerá ningún beneficio, pues sólo podrá darnos un lienzo más grande para nuestros manchones, un mundo más ancho para nuestra terquedad.

La historia es la totalidad de las cosas para todos los hombres. Está al servicio de las buenas y las malas causas. En otras palabras, es una ramera y un mercenario, y por tal motivo sirve mejor a quien más sospeche de ella. Debemos, entonces, incluso tener cuidado de decir “la historia dice [...]” o “la historia prueba [...]”, como si ella misma fuera el oráculo; como si, en efecto, una vez se ha manifestado, la historia ha puesto el asunto más allá del campo de la investigación humana. Debemos más bien decirnos: “Ella nos mentirá hasta el final de la última repregunta”. Esta es la diosa que el *whig* adora al pretender convertirla en el árbitro de la controversia. Nos engaña con ilusión óptica, prestidigitación y fraseología equívoca. Si debemos confundir las recomendaciones al personificar la historia, es mejor tratarla como un viejo réprobo, cuyos trucos y malabares son cosas de las que debemos guardarnos. En otras palabras, la verdad de la historia no es cosa sencilla, ya empacada y parcelada, lista para ser tramitada en el mercado. Y la comprensión del pasado no es tan fácil como a veces se la hace parecer.

* Traducido por Simón **GÓMEZ UPEGUI**, licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de Colombia, estudiante de magister en Economía en la Universidad de los Andes (Colombia) y miembro del Centro de Estudios Internacionales (CEI) de la misma universidad. s.gomez83@uniandes.edu.co.

R E L A C I O N E S I N T E R N A C I O N A L E S



Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950